

# ¿EL AGUILA COMO ALEGORIA DEL OTRO?

Ingrid Geist

Presento aquí algunas anotaciones realizadas al margen de una investigación, cuyo proyecto central es el estudio de las prácticas rituales en una aldea cuicateca de la sierra norte del estado de Oaxaca. Estas anotaciones apuntan, fundamentalmente, a la relación sujeto-objeto de estudio, mejor dicho, a la relación entre sujeto-investigador y sujeto-investigado, con base en una pretendida objetividad que se encamina a involucrar al sujeto. Digo pretendida objetividad porque parto de una posición de búsqueda, esto es, del conocimiento de las relaciones, movimientos y contradicciones objetivas. Sin embargo, la manera repetida y/o variada como se constituye la relación sujeto-objeto, de repente toma giros que producen una total inversión de la relación.

En una primera fase de la investigación empírica se hizo un recorrido de prospección en los municipios cuicatecos, mixtecos y mazatecos del ex-distrito de Cuicatlán. En ese recorrido, anotamos distintas narraciones acerca de un águila que pretendía devorar a los niños, de la cual los habitantes los defendían poniéndoles chiquihuites en la cabeza. Las diferentes versiones de la narración se presentaban ante mí como datos objetivos, de mucho interés para la reconstrucción de una región multiétnica, dentro de la cual podría suponerse una red compleja de relaciones interétnicas en lo que se refiere a equilibrios, jerarquías y contradicciones entre uno y otro grupo. Las primeras dos versiones de la narración del águila parecían apuntar a una relación bélica de sometimiento entre mixtecos y cuicatecos:

*Santa María Tlalixtac es fundación relativamente reciente. Antes la gente vivía en Tlalixtac Viejo. Todavía vive gente allí. Es agencia de Santa María Tlalixtac. Tlalixtac se encuentra junto al Cerro Cheve del cual descendía un águila de dos cabezas que atacaba a los niños, se los llevaba y se los comía. Por eso las gentes bajaron del cerro y se vinieron a asentar en la cañada. Algunos han regresado a Tlalixtac Viejo ya que la agricultura avanzó de tal manera hacia la cumbre del cerro que el águila desapareció.<sup>1</sup>*

*El águila de dos cabezas atacaba a los habitantes del pueblo de San Pedro ubicado del otro lado del río Santo Domingo. Atacaba a los niños y los llevaba a la cueva del diablo. Los habitantes protegían a sus hijos con canastos que ponían en la cabeza de sus hijos. Y cuando el águila atacaba, se quedaba sólo con los canastos en las garras, y el cristiano quedaba libre. Los de San Pedro vinieron a fundar el pueblo de Cuyamecalco.<sup>2</sup>*

Tlalixtac Viejo y Cuyamecalco son enclaves mixtecos dentro de la sierra cuicateca, los cuales probablemente se constituyeron como consecuencia de las conquistas del rey guerrero mixteco 8 Venado Garra de Tigre (1011-1063), a quien también se conoce como 7 Lluvia o 2 Lluvia, Águila que bebe sangre o Pluma resplandeciente. Con ayuda de la glotocronología, Arana muestra un grado de diversificación lingüística entre Cuyamecalco, San Juanico (enclave mixteco en la sierra mazateca), y San Pedro Jocoticpac (pueblo mixteco del otro lado del Río Grande), lo cual hace suponer que la separación debe haber ocurrido hace aproximadamente nueve siglos, esto es, alrededor de 1050, cuando 8 Venado encabezaba la expansión mixteca.<sup>3</sup> La idea de interpretar las narraciones del águila como una referencia a las guerras

<sup>1</sup> Información recibida del presidente municipal de Santa María Tlalixtac, el día 24 de marzo de 1986.

<sup>2</sup> Versión anotada en el ayuntamiento de Cuyamecalco Villa de Zaragoza, según información de las autoridades municipales, el 29 de marzo de 1986.

<sup>3</sup> Cfr. Evangelina Arana Osnaya, *Relaciones internas del tronco mixteco*, ENAH, Ictsis profesional, México, 1957, pp. 6 y 58.

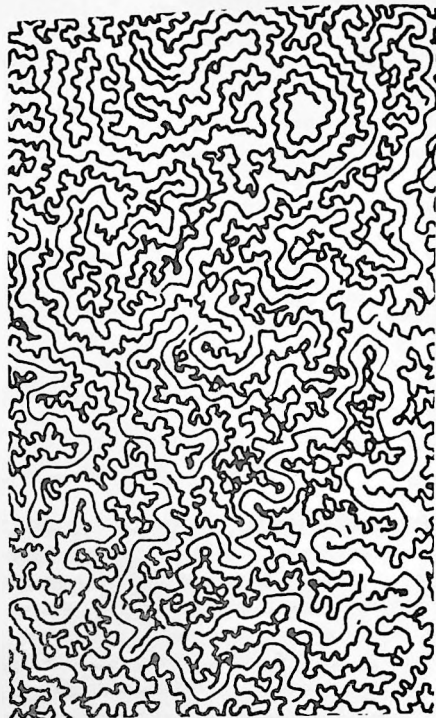
de 8 Venado, se completa con otra versión en la cual están en juego dos pueblos cuicatecos, entre los cuales se establece una relación simétrica y el agresor queda proyectado hacia un lugar indefinido como consecuencia de la simetría.

*Hay dos cuevas, una enfrente de otra. Una está aquí en Santa María Pápalo y la otra, en San Andrés Pápalo. Había un águila muy grande, como un cóndor. Venía al pueblo y se llevaba a las criaturas que apenas gateaban. Cuando agarraba a los niños de Santa María Pápalo, los llevaba a la cueva de San Andrés Pápalo. Y cuando agarraba niños de San Andrés, los llevaba a la cueva de Santa María. La gente empezó a hacer canastos y los puso, como gorros, en la cabeza de los niños. Entonces, el águila, al atacarlos, sólo se llevaba los canastos.<sup>4</sup>*

Es evidente que mi idea rectora de armar el rompecabezas tropezaba con una serie de dificultades e insuficiencias, como son un conocimiento limitado en lo empírico, el desconocimiento de aspectos históricos de la época prehispánica y un juego nada riguroso con los elementos de las narraciones. En la perspectiva histórica, las águilas no aparecen como representación figurativa de un agresor cualquiera, sino como símbolo del dominio azteca en expansión. Esto aclararía el hecho mencionado en la narración de que el águila atacaba a los habitantes del pueblo de San Pedro; lo cual contradecía el esquema de la agresión mixteca a los cuicatecos, representada en el águila.<sup>5</sup> Entonces, en lugar de situarse en el siglo XI, habría que ubicarse en el siglo XV y principios del XVI, lo cual excluye el argumento glotocronológico de los enclaves mixtecos. El águila azteca volaba sobre mixtecos, cuicatecos y mazatecos (entre otros).

Incháustegui reproduce la siguiente narración de los mazatecos:

*Hace muchos años, pero muchos años, en el paso que hay entre los cerros llamados Clarín y Nindo Tokosho, cercanos a Huautla, los viajeros eran atacados por grandes pájaros que los herían en las cabezas y hasta llegaron a llevárselos a sus nidos. Temían mucho el paso por ese lugar que era obligado para ir a sus comunidades, y por eso lo hacían de noche. Entonces idearon engañar a los grandes pájaros. Todos los que tenían que pasar por ahí, llevaban cubiertas las cabezas y el tronco con grandes chiquihuites. Cuando los grandes pájaros bajaban a quererse llevar a los viajeros, sólo se llevaban los chiquihuites y dejaban en paz a los viandantes. En esa forma engañaron por mucho tiempo a los grandes pájaros y ellos se libraron de ser lastimados o llevados. Los grandes pájaros se cansaron y fueron a vivir en sus montañas, dejando a los hombres en paz.<sup>6</sup>*



En otra versión se agrega que el águila "era el terror. Invadía todo lo que es Chiquihuitlán, Teutila toda, hasta Jalapa de Díaz, creo que llegó el águila esta..."<sup>7</sup>

La expansión mexicana por los territorios del actual estado de Oaxaca se inició durante el periodo de Moctezuma I (1440-1464), con la agresión al señorío Chocho-popoloca de Coixtlahuaca, el cual fue sometido después de varios enfrentamientos bélicos. En el Códice Mendocino encontramos en un conjunto de 11 pueblos tributarios, a Coixtlahuaca junto con Cuicatlán y pueblos mixtecos. Las *Relaciones Geográficas* mencionan a pueblos cuicatecos, mazatecos, mixtecos y chinantecos como tributarios de los mexica, refiriéndose al tiempo de Moctezuma II. Habían establecidas guarniciones aztecas en Teotitlán del Camino (mazateco) y Tuxtepec, desde donde el dominio azteca tenía que reafirmarse a través de repetidas expediciones bélicas. El padre Gay menciona un intento frustrado de los mexica

<sup>4</sup> Versión narrada por Hilario Concepción Roque, Santa María Pápalo, el día 8 de abril de 1986.

<sup>5</sup> No renuncio del todo a la idea, ya que aún actualmente parecen ser sobre todo hombres de origen mixteco, los que atentan contra las propiedades territoriales de los cuicatecos.

<sup>6</sup> Carlos Incháustegui, *Relatos del mundo mágico mazateco*, INAH, México, 1977, p. 60.

<sup>7</sup> Carlos Incháustegui, *Figuras en la niebla*, Premia editores, México, 1980, p. 144.

por aliarse con los cuicatecos contra los enemigos mixtecos y zapotecos, después de lo cual, los mexica se dirigieron por Teotitlán del Camino a Huautla, donde establecieron una alianza con el señor Cuzcacuahqui, quien gobernó a los mazatecos y era hermano de Cetepatl, cacique de Coixtlahuaca.

Huautla y Mazatlán de las Flores son dos pueblos que se encuentran a poca distancia uno de otro, en la sierra mazateca. Los cuicatecos del pueblo de San Andrés Teotitlanpan cuentan que:

*Hubo un águila que vino del río de Mazatlán donde hay una cueva. Quién sabe a dónde se haya ido el águila. Devoraba a los niños a los cuales se protegía con chiquihuites.<sup>8</sup> El águila era enorme. Llegaba a Chiquihuitlán, Cuyamecalco y Tlalixtac Viejo. Se llevaba a los niños pequeños. Fueron a subir con rifles y machetes a acabar con el águila. Encontraron su cueva cerca de Mazatlán de las Flores. El águila nunca llegó al pueblo de San Andrés Teotitlanpan.<sup>9</sup>*

Una vez terminado el recorrido de prospección, todas estas historias del águila se perdieron paulatinamente en el olvido, ya que mi interés investigativo se dirigía hacia otros objetivos. Además, el ensayo de reconstrucción histórica y regional de relaciones interétnicas, con la ayuda de aquellas narraciones, tenía un carácter bastante precario, y la ambigüedad de los resultados no animaba a seguir enfocando esa problemática. De esta manera el águila parecía hacerse presente sólo esporádicamente, al recibir un nuevo relato. Parecía pertenecer al sistema de la otredad de los sujetos a los cuales yo quería entender, y ante los cuales me instalaba como sujeto-investigador. Sin embargo, la posición que asumía carecía de sentido para los sujetos investigados, quienes se rebelaban continuamente contra ese papel que les era asignado. El compañero que hacía el recorrido conmigo y yo éramos una pareja de esposos para quienes nos sonreían; para quienes desconfiaban de nosotros, éramos la patrona gringa con su mozo mexicano.

<sup>8</sup> Versión narrada por Tomás Morales, San Andrés Teotitlanpan, el día 20 de febrero de 1988.

<sup>9</sup> Versión narrada por Trinidad Contreras Ramirez, San Andrés Teotitlanpan, el día 27 de diciembre de 1987.

Mientras continuábamos compartiendo el trabajo en el campo, estas clasificaciones me parecían enojosas, pero al fin y al cabo sin trascendencia alguna, de tal manera que explicábamos el papel que creíamos jugar, y hacíamos caso omiso de aquél con el cual se nos identificaba, controlando emociones y enfocándonos en nuestro trabajo, lo más que se podía. Pero a partir de cierto momento continué la investigación sola, estableciéndome en una aldea, lo cual hizo aflorar otra vez la desconfianza aparentemente silenciada en la serie de cortas temporadas de trabajo que se habían desarrollado. Quise quedarme durante varios meses y solicité a las autoridades municipales que me ayudaran a encontrar un lugar donde instalarme de manera permanente, pues no era posible quedarme en el kinder o el ayuntamiento, como lo había hecho hasta entonces.

Mientras mis estancias en el pueblo fueron relativamente cortas, pocos días o pocas semanas, y si bien era un elemento extraño, no afectaba el equilibrio de las relaciones internas del pueblo. El desorden empezó en el momento en que solicité un lugar para hospedarme y comer, pagando la renta. El problema no era la falta de lugar, sino encontrar la persona del pueblo que pudiera recibir esta renta justificadamente, sin despertar la envidia colectiva; en el entendido de que aquí la envidia no significa una emoción personal negativa, sino un mecanismo colectivo de control que apunta hacia una igualdad, frente a la cual, "ser diferente" implica infringir la regla fundamental del equilibrio social, por lo demás, sumamente frágil.

Repetidas veces hubo aldeanos que criticaron severamente a las personas que me ofrecieron el espacio solicitado. El jefe de la familia que me hospedó fue retado una y otra vez, a pesar de que las autoridades municipales escogieron a la familia con mucho cuidado. Se trataba de un grupo familiar que comprendía a una anciana con sus tres hijos —dos de ellos hombres y una mujer—, una nuera y una nieta cuya madre trabajaba en la ciudad de Tehuacán de manera permanente. Uno de los hermanos había tenido recientemente un accidente mortal, así que la fuerza de trabajo para la pizca de la mazorca y la cosecha de café se había reducido drásticamente. Iba a ser necesario emplear mozos, lo cual justificaba mi permanencia con la familia, ya que aseguraba la entrada económica para pagar el jornal. Es decir, se había escogido a una familia donde mi aportación económica no constituyera una entrada extra, sino la compensación parcial de la fuerza de trabajo perdida recientemente. Aún así, el mecanismo de la envidia entró en funciones. No sólo se retaba al jefe, sino que hubo quienes me exigían que me cambiara a su casa; además de algunos chismes tenebrosos acerca de los cuales no voy a entrar en detalle.

No sé si exista algún trabajo donde se haya analizado el mecanismo de la envidia como control social. Me parece que hay una estrecha relación entre la envidia y la demanda de una unidad total, como autoridad que con mano de hierro reproduzca la igualdad y excluya toda diferencia. La medicina contra la envidia, en ese sentido, no cura la envidia, que sólo es el síntoma en el otro. La enfermedad se llama "ser diferente". El principio de la igualdad tiene que rehacerse continuamente. Puede haber un año en donde casi todas las fiestas encuentran su mayordomo, o puede haber un año sin mayordomía alguna, pero no puede haber un año en que un mayordomo se luzca en una fiesta.

Dentro de la misma lógica me tocó presenciar la donación múltiple de niños-dios al templo de Teotitlan.

Ahora bien, siendo yo la extraña en la aldea, venida de un lugar desconocido, con una historia igualmente desconocida, me sustraje al principio de igualdad que rige la aldea, y por lo tanto, a la lógica de sus relaciones. La producción imaginaria de los aldeanos me inscribió entonces dentro de un papel que correspondía a la red de relaciones de la aldea. Mi documentación de maestra de la Universidad Nacional Autónoma de México y antropóloga, era un simple vehículo para asegurar un comportamiento externo que correspondía a un sometimiento, aparente o no, a las relaciones dictadas por el Estado nacional. El sello impone la obediencia, pero carece de sentido, el cual se crea en la producción imaginaria alrededor de la incógnita de las intenciones reales ocultas del extraño que pretende observar sus fiestas, lo cual es totalmente incomprensible y calificado como un pretexto, detrás del que se esconden metas desconocidas, y por lo tanto peligrosas para la aldea.

El coro de los niños que gritaban c'ua'a desde todos los rincones de la aldea, nunca callaba. Cuando me preguntaban les contestaba que soy alemana y les platicaba de mi país. De repente surgía la duda. "Los propietarios de la finca cafetalera Flor Botavia fueron alemanes. ¿A qué vino ella realmente? ¿Vino a reclamar tierras? Nunca iba a Flor Botavia. De todas maneras, representaba fuerzas extrañas, y hay un antecedente que lo aclara perfectamente".

Dicen que una mujer, también alemana, hace algún tiempo subió al campanario. Después tembló y se cuarteó el techo del templo, el cual, antes de ese suceso, había resistido a todos los temblores. Debo confesar que en la medida en que conocía los chismes y cuentos que se tejían alrededor de mí, me aterraba la idea de que alguna vez sucediera algún accidente en mi presencia, y que se me considerara autora oculta del suceso. Una de las curanderas me recibió como a una igual solicitando un intercambio de conocimientos. A ella, en una ocasión le quemaron la casa, y en todas sus pláticas se defendía contra la acusación de brujería.

Un problema especial lo constituye el credo religioso, ya que a San Andrés Teotitlan se le conoce como al santuario dedicado a la religión católica, y a ésta como la única y verdadera que existe desde tiempos inmemoriales, ya que según la opinión de los aldeanos, las demás religiones llegaron en el año de 1521, junto con los españoles.

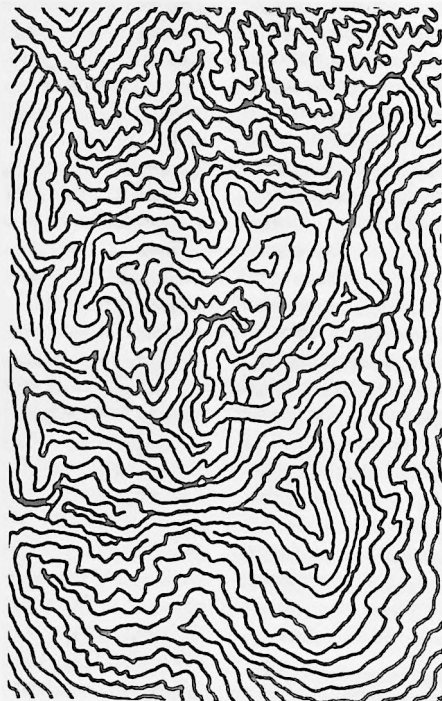
Parece que más allá de la oposición entre católicos y protestantes no puede haber nada. Me percaté de que algunos sólo escuchaban mi respuesta: "no soy protestante", por lo tanto debía ser católica, y esto explicaba mi interés por las fiestas. En cambio, otros escuchaban

sólo: "no soy católica", por lo tanto debía ser protestante y mi misión oculta era llevar la división religiosa.

El centro simbólico del santuario de San Andrés Teotitlan es el Señor de las Tres Caídas, en cuyo honor se celebran principalmente dos fiestas, la de la sangre, que representa el arquetipo del milagro y como tal la garantía de la posibilidad de milagros en cualquier momento; y la fiesta del Quinto Viernes de Cuaresma, con una afluencia de peregrinos y vendedores cuicatecos, mazatecos y chinantecos, además de las llaneras y los comerciantes profesionales de la región de Tehuacán y la ciudad de Oaxaca. El arquetipo del milagro es a la vez el mito fundador de la aldea, aun cuando se sabe que el pueblo, en su existencia física, es más antiguo.

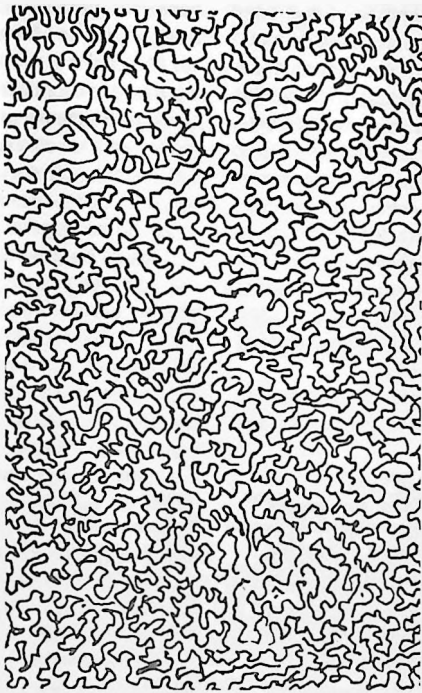
El mito fundador traza un límite de tiempo entre "antes del milagro" y "después del milagro". Antes del milagro, el pueblo era una conciencia oscura e indefinida, sumergida en lo desconocido. Después del milagro, el pueblo se encontró a sí mismo, como santuario, en un acto de autoconocimiento que define su

identidad. El milagro marcó el inicio del tiempo y de la existencia del pueblo en la conciencia de los aldeanos. Un segundo movimiento de constitución de identidad ocurre en la dimensión del espacio, esto es, el sujeto social proyecta un discurso hacia el "otro", cuya mirada establece la fisonomía del sujeto. San Andrés Teotitlan enfatizó su unidad católica mirándose a sí mismo con los ojos de los no católicos y de los pueblos cercanos divididos entre católicos y protestantes, ojos cuya existencia no es real sino virtual, en una proyección imaginaria hacia el "otro". Lo des-



conocido apareció como el más allá del espacio de identidad convertido en antítesis del centro, recibió desde allí su significado y se convirtió en virtualmente conocido.

La lucha por la causa católica tomó en los años recientes un nuevo giro, a través de la afiliación a la Escuela de la Cruz y el contacto con la Misión Comboniana. A través de su paulatina integración al movimiento católico de la Cruz de Tuxtepec, un grupo de aldeanos se ha ido organizando. Se auto-nombran cruzados y se definen como predicadores de la palabra de Dios y apóstoles de Cristo. En su función



de militares, los cruzados han ido sustituyendo las funciones de los rezanderos tradicionales, quienes denuncian el error del cambio. Por un lado, la discrepancia entre lo viejo y nuevo en la manifestación ritual del credo, toma aquí el matiz de una lucha generacional de los cantores jóvenes (catequistas), contra los rezanderos viejos; por otro, hay una sutil línea divisoria que distingue entre cruzados que buscan la verdad y se liberaron de la basura del pecado, y los no-cruzados que permanecen en un estado de ignorancia.

Los aldeanos me integraron en este conflicto de varias maneras, aparte de sospechar siempre que era portadora de una nueva religión y que traía la división al pueblo. El viejo rezandero me recibió en su casa como una aliada potencial contra los cruzados. Creía que había ido a ponerle fin al movimiento de la Cruz e imponer nuevamente el viejo orden. Me enseñó una gráfica que representaba las fundaciones de las distintas iglesias cristianas, e identificaba a los cruzados como integrantes de la iglesia oriental ortodoxa, cuya fundación,

según él, es posterior a la de la iglesia católica, que es la más antigua y la más verdadera. Al darse cuenta el rezandero de que mis intenciones de trabajo no correspondían al lugar de utilidad que él me había reservado, mi presencia empezó a carecer de sentido y perdió el interés. En otra ocasión que nos encontramos, me preguntó nuevamente mi nombre y solicitó saber a qué santo del calendario correspondía. Como no hay santo cristiano que se llame Ingrid, dijo que ese nombre no es nombre, en todo caso, es nombre de perro.

Los cruzados parecían estar elaborando una estrategia de paulatina integración que se complementaba con un control estricto, aunque apenas perceptible.

No tenía permitido el permanecer sola en el templo, sin embargo, para el Vía Crucis de Viernes Santo, los cruzados me invitaron a participar activamente. Me colocaron en el papel de la mujer de Pilatos, quien pertenecía a los enemigos, pero a causa de un sueño que tuvo expresó su convicción de que el hombre que iban a crucificar era un santo. El año siguiente repetí el mismo papel, y como mis hijas me fueron a visitar ellas dos representaron junto con, la hija del presidente municipal

las tres vírgenes que van al encuentro de Cristo y lo acompañan hasta la consumación. Paralelamente, un cruzado me convirtió en objeto de su estrategia proselitista para convertirme a la verdadera religión. Se trataba de un anciano que, desde la primera vez que llegué al pueblo, tuvo y mantuvo una actitud muy amable conmigo; mucha información se la debo a él. Sin embargo, después de todo, parecía que la relación amistosa se descubría como una táctica para conocer al enemigo.

Más de una vez me acordé de *El castillo* de Kafka. Allí K. es un extraño dentro del orden establecido de la aldea. La hostelera le reprocha: "No es usted del castillo, no es usted de la aldea, usted no es nadie. ¡Qué desgracia! Sin embargo, usted es alguien, una de esas personas que existen en todos los tiempos y en todos los caminos." <sup>10</sup> La posición de K. está fuera de reglamento, fuera de función y utilidad, y simultáneamente dentro de un bienestar aparente. "A K. se le permitía pasearse por donde quería, dentro de los límites de la aldea, naturalmente; así se le mimaba por allí y también se le aplastaba; se le desposeía de toda posibilidad de combatir y se le relegaba al exilio de una existencia monótona fuera de toda vida oficial." <sup>11</sup> Repetidas veces se le señaló a K. su ignorancia con respecto al sistema de la aldea dentro del cual estaba inserto, más aún, su ignorancia en relación con su propia posición. Mientras K. no se reconocía, todos los demás ya sabían de antemano quién era.

<sup>10</sup> Franz Kafka, *El castillo*, Proma editores, México, 1985, p. 58.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 65.

Para la aldea, ya sea El castillo o el pueblo de Teotlalpan, la otredad no es un accidente que sucede con la aparición contingente de algún estudioso o funcionario del saber, que debe ser enfrentada espontáneamente. Al contrario, hay una red permanente de producción de sentido dentro de la cual el de afuera se inserta de una manera coherente, ocupando lugares de significación que en una primera instancia (por lo menos), escapan a su percepción. En otras palabras, el investigador, en tanto que personalidad social, sabía quién era antes de enfrentarse a su objeto de estudio; sin embargo, la colocación abrupta dentro de la red desconocida de significación construye una nueva personalidad social, que nada o poco tiene que ver con las características propias del portador de la misma.

Los aldeanos sabían en todo momento quién era yo dentro de su sistema de sentido. Yo, que buscaba ese sentido de ellos, perdía el saber sobre mí. Mi saber se estrellaba contra la evidencia de la virtualidad.

Es el momento de regresar a la narración del águila. Por última vez, la escuché en la fiesta del Cuarto Viernes de Cuaremas, en Chiquihuitlán.

*El pueblo de Chiquihuitlán es un pueblo viejo que se fundó en tiempos inmemoriales. Había una laguna antes, en el lugar donde ahora llegan los camiones. Los habitantes solían ir allí a traer agua. Pero salía un cóndor que cazaba a la gente. Aquellos hombres idearon para defenderse y compusieron unos canastos para tapar las cabezas. Cuando llegaba el animal, se llevaba sólo el canasto. Allí está el origen del nombre de Chiquihuitlán, el lugar donde se fabrican los chiquihuites. El animal habitaba en la cueva del diablo, la cual se encuentra allí donde se unen dos cerros, cerca de Mazatlán de las Flores. A través del tiempo quisieron desaparecer la laguna y consultaron a los hechiceros, y entre sus estudios descubrieron que había que buscar una criatura desamparada, una huerfanita, y debían conseguir siete gatos, siete perros de caza y siete metates. Prevenido todo aquello había que escoger un día del año, un día de fiesta, para arrojar todo a la laguna. Llegado el día, a la niña la vistieron con la mejor ropa de aquella época y la adornaron con muchas flores. Junto con los siete perros, siete gatos y siete metates, la arrojaron en la laguna. Con el tiempo la laguna desapareció. Hacia el sur del lugar, reventó una salida de agua donde aparecieron los siete metates. Antes de la desaparición de la laguna, hubo un guerrero que combatió con aquella fiera, el cóndor. Lo mató a machetazos, estando cubierto con un chiquihuite.*<sup>12</sup>

Al observar los movimientos en la plaza de Chiquihuitlán, en las vísperas de la fiesta del Cuarto Viernes, un hombre se acercó a preguntarme por qué es que me llevaba a los chamacos. ¿No hay niños allí de donde viene usted? Primero pensé que el aldeano me estaba vacilando. No di crédito. Estaba acostumbrada a escuchar los rumores a través de terceras personas. Mis anfitriones en Teotlalpan me platicaban que en las agencias municipales se decía que yo hacía los recorridos para apuntar los nombres de todos los

habitantes, para conocerlos y después regresar en alguna noche a llevarme a los niños. Una y otra vez escuchaba el chisme de que yo me robaba a los niños y no lo tomaba en serio, pero nunca nadie se dirigió directamente a mí reclamándome que me llevara a los chicos. Poco a poco, frente a la seriedad que acompañaba las palabras del aldeano, tuve que convencerme de que se trataba de un asunto de mucho peso. Mi consternación fue total.

Traté de hacerle ver al aldeano que de todas mis actitudes y actos en el pueblo, no había ninguno que pudiera relacionarse con el rapto de niños. Tenía la impresión de que mis argumentos estaban cayendo en el vacío y escuché la voz de otro hombre que buscaba calmar al primero. "No te preocupes. Estamos rezando y nuestro Señor nos protege. Además hay policías que vigilan los caminos". Me callé. Silenciosamente formulé mis conclusiones. No importa cuáles sean mis intenciones, actitudes y actos. El hecho de que no robara niños no se debía a que mi intención no fuera cometer semejante atrocidad. Si no lo hacía, era porque había dos fuerzas que me lo impedían. La ausencia del crimen no era resultado de la inexistencia de una mala intención, sino la prueba de la eficacia del conjuro, el poder espiritual de dios o la fuerza bruta de la policía.

Recuerdo que en Teotlalpan, cuando el sol quema, sobre todo después de algunos días de calor, de repente pueden observarse gavilanes que giran en el aire esperando el momento de lanzarse sobre su presa y llevarse palmas de las manos y produciendo un sonido aullante con la boca. Durante mis paseos y rondas por la aldea, varias veces me percaté que alguna señora hacía estos ruidos y sonidos atrás de mí. Me volteaba, miraba al aire y buscaba al gavilán dispuesto a llevarse el pollo. No había ninguno. Primero lento y oscuro, después en un asalto, se impuso esa verdad carente de verosimilitud: el águila que se llevaba a los niños era yo.

Se hundió el plano epistemológico en el cual me creía establecida estudiando al otro. El águila, que parecía un ingenuo dato de orden histórico y simbólico de un contexto cultural o grupo étnico, se convirtió en el monstruo de una realidad creada por la imaginación. El otro era yo, y las preguntas que restan, caen en el vértigo ontológico.

<sup>12</sup> Versión narrada por Pablo Gómez Jiménez, San Juan Chiquihuitlán de Benito Juárez, el día 9 de marzo de 1988. Cfr. también la versión publicada por Allan R. Jamieson, "El origen del nombre del pueblo de Chiquihuitlán, Oaxaca", en *Tlalocan*, volumen VII, UNAM, México, 1977, pp. 173-179.

Ingrid Geist es egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH.